NACIDO DEL SUEÑO

Decidió entrar en el sueño de la mantícora. <Una cosa es poseer los sueños de lechuzas o zorros y otra la de criaturas multiformes>, reflexionó. Pero antes de que la razón venciera a la impaciencia ya parecía sentir a su lado el río de lava fría donde nadaban, ajenos, los leviatanes. Se echó la mano a la espada, rasguñándose el abultado vientre donde se percató de la presencia del nonato. Era un error demasiado inusual para alguien que había vestido otros sueños, y quizás fue por ello que gruñó, o por la sal de su sudor que se introducía en la herida. No se oyó a sí mismo pues el silencio siempre desaparecía, tras la caída a lo más profundo de la irrealidad, justo después de los otros sentidos. El olfato inmediatamente avisó del paso de la vida del hombre al sueño del poseído. <De ahí lo de oler el miedo>, sonrió, justo antes de que una mueca cambiara su faz al contraerse su abdomen, al sentirse duplicado en su vientre.